



España vive una crisis política y nuestra bibliotecaria más excéntrica vive la suya personal: al peso, a su “espeso” y al paso del tiempo, se une su nueva situación laboral. Con el riesgo de unas terceras elecciones, mientras la señora Súper trabaja, otros se dedican a cazar “Bookemons”. Una y otra crisis quedan patentes en la biblioteca, especialmente en Halloween, cuando macabras ideas y horribles seres, propios y ajenos, invaden la biblioteca sembrándola de terror.

Querid@s compañer@s del metal, del vil metal. Un año más por estas fechas me siento *plof* con tanta despedida: adiós al verano, adiós al *dolce far niente*, adiós a “Galifornia”: a sus empanadas, parrochitas, bollas de nata, al Albariño, a la ola, al *surf* y a ese mítico y ya legendario título de Miss Praia da Frouxeira por el que me paso el resto del año motivada y luchando contra la báscula. ¡Adiós, miña terra galega!... Y ¡hola!: ¡Hola, otoño! Hola a la caída de la hoja, al frío, al asfalto, a la urbe, a la lucha, a la vorágine. Hola al *OSOario*, hola a mi peso, y hola a mi espeso (que acaba de regresar).

Sí, por estas fechas tengo *morriña*, nostalgia del pasado. Como todos los otoños, pero peor, no sólo es lo que se fue, sino lo que viene. En primer lugar que el 31 de octubre, a la hora de las brujas, cumpliré *tai-tantos* años. Estoy estigmatizada por ello. Aquella fecha, ya nada más nacer, me marcó. Aún colgaba yo de las manos del médico cuando, en vez de romper a llorar yo, gritó él al tiempo que le decía a mi madre: “Pero, ¡señora!, ¿qué ha hecho?”. A lo que mi madre le contestó: “Yo, nada. Pregúntele al capullo (mi madre siempre ha hablado con precisión) de mi marido”. A lo que añadió el doctor: “A esta niña no le dé el pecho, dele la espalda”. Y, claro, esto me ha generado mucha frustración, inseguridad y complejos. Y aunque los demás (todos me-

En segundo lugar, estoy triste porque me han renovado el contrato en la biblioteca, aunque con condiciones: aumento de jornada y disminución de sueldo (es lo que tiene la crisis). Y, en consecuencia, mis sueños de empresaria triunfadora, de los que os hice partícipe en el capítulo anterior, se esfuman. Resumiendo: estoy *bookólica*.

Parece que, mientras yo estaba de vacaciones, la biblioteca ha tenido un inusual trasiego de *usuari@s*, batiendo récord en número de visitantes y petando las estadísticas. Motivo por el cual la cúpula ha tenido que renovarme, para refuerzo ante la avalancha. La verdad, no creo que fuera para tanto. Además, cuando yo no estoy descendiendo, y bastante, la afluencia de visitantes, especialmente de hombres *machomen* (si es que, aunque me cueste reconocerlo, y a mi marido más, soy una madurita resultona. ¡Madre mía, qué poliédrica y contradictoria soy!).

Continúo para bingo. En principio pensé que tal flujo sería porque, después del golpe de calor que sufrió mi compañero en el ático, por fin el Alcalde autorizó a encender el aire acondicionado y, consecuentemente, los usuarios acudían aquí como las moscas a la... Pero parece que no. Dicen que los usuarios están “rarunos”. Que se comportan de forma estúpida, que corren por las instalaciones, que suben y bajan, revuelven todo y hasta asaltan los mostradores, como abducidos por el móvil, al que miran fijamente. Dios sabe qué habrá pasado y qué me deparará el futuro. Algún *marrón* seguro.

Llego a la biblioteca y veo anunciado, a un mes vista, un cartel que reza: “Por *Halloween*, ven a la Biblioteca y pásatelo de miedo”. Me informan que, para aprovechar la coyuntura, que repunten las estadísticas y colgarse medallas, al concejal de cultura, que lo es también de festejos y tiempo libre, se le ha ocurrido la genial idea de convocar a los ciudadanos en la biblioteca la noche de *Halloween*. Imprescindible venir disfrazados, incluido el personal (¡Qué horror!).

Ahora ya no estoy triste. Ni “cabreeitor”. Simplemente tengo miedo de sólo imaginármelo: yo vestida de calabaza dadas mis hechuras. O de *Morticia Monster*, aprovechando las recientes canas de mi larga cabellera. Los ciudadanos de muertos vivientes, los usuarios de vampiros (con sed de lectura y de morderme la yugular), mis compañeras no necesitan disfraz, sólo una escoba... y los políticos de fantasmas (sería lo propio). Lo que no sé es cómo vendrá mi compañero, él que es tan elegante:

- (Yo, cual bruja graciosa): “Oye, ¿y tú de qué te vas a disfrazar? ¿De *Zombi* o de ratón de biblioteca? ¡Jajaja!”.
- (Mi compi, cual fantasma): “No, yo voy a ir de Capitán Salami”.

nos mi espeso), dicen que no soy tan fea, yo ahora, además, me veo gorda y vieja. Vieja por empezar a peinar canas y porque se me descuelgan las te... las terribles carnes de mi “puerco” (dícese también cuerpo) y parezco un *sharpei* de pura raza. Gorda porque he perdido el pulso a mi báscula y ha salido el *Falete* que llevo dentro. Y fea porque, además de patas de gallo y código de barras, me está saliendo bigote, y por la nariz un pelo sin fin, que cuanto más lo corto, más me crece.



- (Yo, cual calabaza encendida): “¿Capitán Salami? Ese nada tiene que ver con la temática”.
- (“Él, mientras se acaricia los pectorales): “Ya. Pero con este cuerpo y de esa guisa voy a ser el terror de las nenas. Se lo van a pasar de miedo conmigo. ¡Merengue, merengue! ¡Jajaja!”.

¡Madre mía, cómo estamos! Constató que todo sigue igual y que no sólo yo me golpeé la cabeza en la cuna.

Treintauno de octubre. Me despierto y veo a mi espeso desnudo. ¡Qué horror, qué susto! (para que luego diga que soy yo la que parezco *Falete*). No me felicita ni me da un beso. Llegan las niñas, me tiran de las “ojeras” (es lo que toca) y me cantan el “Cumpleaños fatal” (lo tengo asumido, mis hijas tienen el mismo sentido del humor que su padre: ninguno).

Llego a la *biblio* y monto una exposición con literatura de terror, detalle que se le había pasado por alto al concejal. Se nota que tiene más querencia por los festejos que por la cultura. Y decoro la biblioteca con telarañas, calabazas, esqueletos, brujas y ratones (uno es de verdad, lo compré en *Verdecora* y pienso soltarlo cuando llegue el concejal, ¿no quería ambiente?...pues que se vaya a *Chueca* con sus ideas).

El día ha transcurrido tranquilo. Inauguro mi jornada laboral en horario de noche. Me tuneo un poco, no necesito mucho para ir de bruja. Finalmente me he decantado por este disfraz porque no me quiero perder la oportunidad de dar con la escoba a *OSOari@s* y políticos.

Las doce en punto de la noche. Mi hora. No la de finalizar la jornada sino la de las brujas. En este preciso momento hace “titantos” años que nací. Hay velas, muchas velas, pero ninguna tarta. Y en vez de “El feliz cumpleaños” de los payasos, suena: “Y bailaré sobre tu tumba...”. Desde el mostrador observo todo: al concejal, el único que ha venido de traje de chaqueta, para hacerse notar y para no hacer el ridículo (aunque para esto no le hace falta disfrazarse); a los usuarios, que hoy resultan anónimos; al Capitán Salami, ofreciendo libros de terror a las elegidas; y de telón de fondo autores como Stephen King, Bram Stoker, Mary Shelley, Poe, Lovecraft... que, desde la exposición, y en silencio, forman parte de este mortal y esperpéntico escenario.

El concejal está preparando una *queimada* y ensayándose (y ensañándose) con el conjuro, para leerlo en inglés, que es más internacional que el gallego. Las llamas de la *queimada* bailan al antojo de un cucharón que sube y baja. No sé cómo saldrá, lo que sí sé es que yo, de ésta (he soltado el ratón), salgo



“queimada” o con las piernas por delante, una de dos. Mientras se recrea leyendo el conjuro en inglés (eso dice) yo, en el mostrador, estoy a dos velas (literalmente y porque estoy a verlas venir). Por mis manos pasa “It”, “La cosa”, “La niña del exorcista”, “Alien”... La verdad es que, entre la oscuridad y las velas, el fuego y resplandor de la *queimada*, los disfraces, el no identificar a nadie y los títulos de los libros, aquí alguno, y con perdón, se caga vivo.

Unos murciélagos imberbes revolotean por la sala con el móvil en la mano, haciendo aspavientos y, de vez en cuando, alguno grita: “¡Toooma!”. Debe ser que han pillado cobertura. Aquí es muy mala. Los muertos vivos se pasean por mi lado y yo, aprovechando la condición de bruja, les arreo con la escoba y con todas mis fuerzas. Mi compañero, a modo de improvisado *club* de lectura, está leyendo las letras más terroríficas a un grupo de señoras. De pronto, una de ellas grita aterrorizada: “¡Aaaaaaaaah!”. “¡Señora, tranquilícese, es sólo literatura!” –le dice otra. “No, es que he sentido algo suave y largo por los pies, como un rabo– comenta”. El Capitán Salami, con su capita a la espalda, levanta las ma-



nos y dice: “¡A mí que me registren!”. Iluminan el suelo con una vela y ahí estaba, de protagonista indiscutible, el personaje que no puede faltar en *Halloween* y menos en una biblioteca que se precie: un ratón.

Unas señoras brujas espantadas cogen la escoba, ponen los pies en polvorosa y salen volando. Otras, horrorizadas, se protegen tras el carro de los libros, provocando un “carricidio”. Las de más allá se suben a las mesas, zapatean y gritan: “¡Aquí, aquí!”. En eso que la bandada de murciélagos imberbes acude, rauda y veloz, al lugar de los hechos, revolotea y hace aspavientos con los brazos, móviles en mano, y pregunta: “¿Dónde? ¿Dónde está? ¡Lo cazo yo!”. El concejal de protocolo, disfrazado de vampiro, responde: “¡Se metió en el cuarto de baño!”

Las brujas con sus escobas, los murciélagos con sus móviles, los fantasmas con las bolas colgando (las de los pies), el vampiro con sus colmillos, dispuesto a chuparle la sangre a nuestro concejal, y el alcalde con cuernos y rabo, cual diablo, se concentran a las puertas del servicio, como si del mismísimo infierno se tratara. Ahí están, estamos, *tod@s*. Unos persiguiendo al ratón, otros al *Pokemon* y yo para no perderme detalle. “¡Enciendan las luces!”, ordena la máxima autoridad.

El vampiro le da al interruptor y hete aquí que vemos no al ratón sino al concejal de cultura, festejos y tiempo libre (no había dudas, era el único vestido de calle), encaramado sobre la encimera de mármol del lavabo, como si de una tumba se tratara, con el móvil y brazo alzado, y a calzón bajado.

- “¡Válgame Dios, Señor Concejal!” –le dice el edil.
- “Déjeme que le explique, Señor Alcalde”.
- “¡Ya podía haber venido disfrazado, como todos”.
- “Insisto, Señor Alcalde”.
- “Le ruego se suba los pantalones y presente su dimisión”.

En medio del bullicio, se hizo un silencio sepulcral y la fiesta se dio por finalizada. Nunca sabré si fue el feroz animalito o el maldito *Pokemon* quien causó la fatídica situación. Lo que sí sé es que para lo que le quedaba en el convento... Que fuimos *trending topic* mundial: “Nuevo escándalo en un ayuntamiento de España”. Y que, mientras no hay político en el poder, estoy más a gusto que un arbusto.

Por favor, que alguien, alguna vez, me obsequie con un *marrón*, pero que sea *glacé*. ▴

AUTORA: Ramos, Susana (supersu@hotmail.com).

FOTOGRAFÍAS: Ramos, Susana.

TÍTULO: Éramos pocos y... *Happy Halloween ... fantasmas, difuntos, brujas y otros asuntos*.

RESUMEN: La Señora Súper, en medio de una crisis personal, laboral y política, narra una nueva aventura bibliotecaria en plena noche de *Halloween*. Donde, además de los clásicos monstruos de terror, aparece uno (bueno, dos) que gana/n protagonismo y acapara/n la atención hasta de los políticos.

MATERIAS: Bibliotecas Públicas / Usuarios.